

SEVILLA Y BURGOS. RECORRIDOS COMPARTIDOS

Por RENÉ JESÚS PAYO HERNANZ

Excmo. sr. director de la Real Academia Sevillana
de Buenas Letras.
Excmos. sres. académicos.
Excmas sras. académicas.
Señoras, señores.

Llego a esta antigua casa de los Pinelo, sede de esta Real Academia, sumamente honrado, aunque sabedor de lo exiguo de mis méritos, por la notable merced que la generosidad de los miembros que esta ilustre corporación me ha otorgado al nombrarme académico correspondiente por la provincia de Burgos. Al igual que mi antecesor en el cargo de cronista de esa provincia, don Luciano Huidobro, que también ostentó en los años centrales del siglo XX este notable reconocimiento como correspondiente en las tierras burgalesas, me comprometo a trabajar por esta insigne casa, desde mi lugar de residencia, contribuyendo en todo lo que me sea posible en aras de estrechar los lazos culturales y de hermandad académica entre nuestras dos ciudades.

Hablar de las relaciones entre Burgos y Sevilla es adentrarse en una historia de contrastes que no dividen, sino que se complementan. Dos ciudades distantes en el mapa, pero profun-

damente conectadas por los caminos de la historia, el arte, la fe y la cultura. Dos ciudades que resuenan en el imaginario de todos los españoles como conformadoras del ser hispano y sin cuyo concurso no podría entenderse el devenir histórico de nuestro país.

Sus trayectorias, aunque diversas, han entrelazado sus destinos en momentos clave de la construcción de España.

Sevilla, la perla del Guadalquivir, romana, goda y musulmana. Cabeza de puente hacia las Indias. Tierra de santos, emprendedores y artistas que han llenado con sus obras las más bellas páginas de una historia multisecular y vibrante. Ciudad de la luz, cantada por Antonio Machado cuando dijo:

Esta luz de Sevilla... Es el palacio
donde nací, con su rumor de fuente.

Porque sí, en pocos sitios el agua suena como en Sevilla, rumorosa en vergeles y patios, queda y solemne en ese remansado Guadalquivir en torno al Arenal, en el que triunfan sobre los cielos azules la Giralda, la Torre del Oro y los campanarios y espadañas de esa ciudad-convento que nos ha regalado la historia. Esa Sevilla que tiene su reflejo marinero en Triana, uno de los barrios más bellos y vivos del mundo. Ciudad de jardines moriscos y románticos que alcanzan su apoteosis en el Parque de María Luisa que fue definido por algún poeta como una antesala del paraíso. Ciudad de contrastes que ha hecho del sufrimiento esperanza en una de las semanas santas más bellas del orbe católico y de la fiesta una tradición ritualizada.

Y en el otro extremo de España, Burgos, ciudad milenaria forjada al golpe de espada y arado en la primera Reconquista. De condes, jueces y reyes, de monjes que construyeron la primera Castilla y el primer derecho de Indias. Urbe que se proyectó en Andalucía como tierra no sólo de expansión sino también de promisión. Ciudad militar que poco a poco se fue trocando en caminera, a la vera de la Vía Compostelana, y abierta al mundo a través de las sagas de sus grandes mercaderes que tanto contribuyeron a unir Europa, desde Flandes a Inglaterra y desde Francia a Italia. Ciudad pétrea, que se derrama desde el cerro de San Miguel a la vega del Arlanzón donde se enseñoorea la gran

catedral, ese canto de fe hecho piedra, mecida por el rumor de este río generador de vida, en torno al Paseo del Espolón, de gráciles contrastes entre el verdor primaveral y del primer estío y el triunfo de los oros y ocreos otoñales. Ciudad austera que, sin embargo, también sabe vivir con alegría la fiesta y que quedó magníficamente glosada por ese gran poeta sevillano que fue Manuel Machado que supo plasmar algunas esencias de la vieja Cabeza de Castilla cuando dijo:

De cuando en cuando fuerte campanada
tunde el silencio
maravillado el Arlanzón,
discurre libre de hielo.
Y en él se miran los añosos chopos
verdes y negros.
Sol en el muro milenario
obra del medioevo.

Dos ciudades distintas pero unidas por muchos vínculos históricos que las complementan, aportando la una a la otra y la otra a la una muchos de los rasgos que hoy las definen.

Permítanme, señoras y señores académicos, que me acerque a estos recorridos compartidos, a lo largo de los siglos a través de cinco grandes caminos confluyentes todos ellos: el de las relaciones que se produjeron a raíz de la conquista de Sevilla en 1248, por el rey santo; el de los vínculos comerciales sobre todo en los siglos XV y XVI que hermanaron ambas urbes; el de la transferencia de devociones aún vivas en nuestros días; el de las vinculaciones a través de las artes de dos de los más grandes centros artísticos hispánicos y el de la unión que a través de uno de sus grandes poetas, Manuel Machado, ha hermanado a estas dos urbes, claros referentes en la Historia de España, con sus luminosos versos.

Las relaciones entre Sevilla y Burgos comenzarán a desarrollarse de forma sumamente estrecha a partir del proceso de conquista de la ciudad andaluza. Fueron muchos los burgaleses que participaron en las campañas fernandinas que acabaron con la toma de ciudades tan importantes como Úbeda, Jaén, Córdoba y Sevilla. La entrada de las tropas del rey santo en esta última ciudad supuso el casi pleno dominio del valle del Guadalquivir y

un giro tan importante en el proceso de reconquista como el que unas décadas antes había tenido lugar, merced a la actuación de su abuelo Alfonso VIII, en la gran jornada de la batalla de Las Navas de Tolosa.

Sevilla se mostraba ante las tropas cristianas como uno de los más importantes bastiones musulmanes en las tierras aún no incorporadas a la Corona de Castilla, abierta al mar a través del río Guadalquivir y como un gran emporio de carácter económico. La caída de la ciudad precipitó la toma de otros muchos territorios durante los reinados de Alfonso X y Alfonso XI, siendo uno de los grandes hechos militares cristianos en la Baja Edad Media hispana.

De entre todos los burgaleses que participaron con el rey santo en esta singular empresa militar destaca notablemente la figura del burgalés Ramón Bonifaz y Camargo. Nacido a finales del siglo XII, en un lugar aún no determinado, aunque quizá fuera en las Montañas de Burgos, aparece ligado al menos desde 1228 a la antigua Cabeza de Castilla, pasando a formar parte del grupo de ricos mercaderes y hombres sabedores de las cosas de la mar que desde los puertos burgaleses de Santoña y Laredo comenzaron, en los años iniciales del siglo XIII, a mercadear con los puertos ingleses y flamencos, siendo los encargados de colocar, en aquellos mercados, la rica lana merina –el gran oro de Castilla, como fue llamado– producida por las cabañas de ganadería ovina integradas, desde la época de Alfonso X, en el Honrado Concejo de la Mesta.

Don Ramón vivió en el barrio burgalés de San Lorenzo, a la sombra de esta iglesia construida por Alfonso VI en los terrenos de su antiguo palacio, donde residían otros muchos mercaderes burgaleses así como sus primos, los ricos hermanos Arnalt y Guiralt, que habían fraguado su fortuna en el comercio con Inglaterra. La *Crónica General* de Alfonso X dice de él que era “omne bono de Burgos”, ciudad de la que era alcalde en 1233 y en 1246. Fue presentado al rey Fernando III el Santo por García Fernández de Villamayor, mayordomo que fue de doña Leonor de Plantagenet, de doña Berenguela y de este rey, coincidiendo con la estancia del monarca en la ciudad en 1245. Enterado el soberano de sus grandes conocimientos marineros, le

encargó, a principios de 1247, el apresto en los puertos de Cantabria, Vizcaya y Guipúzcoa de una flota que había de operar en coordinación con su ejército terrestre en la conquista de Sevilla.

Don Ramón llegó a reunir una flota de trece naves de vela, además de cinco galeras que se habían construido *ex profeso* a expensas de la Corona en los astilleros cantábricos a lo largo de 1247. Se presentó Bonifaz con esta armada en la desembocadura del Guadalquivir a principios de agosto de ese año, después de una navegación nada tranquila por las costas atlánticas, con fuertes temporales y con aguijoneo de piratas portugueses, dificultades superadas que acreditaron su pericia marinera. Allí, a la entrada de este río, derrotó a la flota de saetías y zabras moras que mandaba Abu Qabl, que trataron de impedirle el paso, así como la que conducía a Sevilla refuerzos desde el norte de África.

Remontó el río en cooperación con la caballería cristiana, apoyado desde la margen izquierda por el rey. La acción decisiva de la flota fue la rotura del puente que unía a Sevilla con Triana, que era el principal obstáculo que se presentaba a los buques cristianos para remontar el río hasta la ciudad. Las crónicas expresan la dificultad de avance que generaba este puente de barcas amarradas con gruesas cadenas, pero una vez rota esta barrera la toma definitiva de la ciudad fue cuestión de días.

Era palpable, después de esta experiencia, la necesidad de que Castilla contara con una fuerza naval propia, y así se decretó la construcción de unas atarazanas, en la zona del arenal sevillano, donde se fabricarían las naves necesarias para las guerras marítimas de la corona castellana alcanzando estos astilleros una notable importancia a partir del reinado de Alfonso X.

En el año de 1250, según señala la tradición, el rey Fernando III, como recompensa a toda su labor, preocupación, saber y éxito que de sus servicios se obtuvieron, vino en nombrarle primer almirante de Castilla, que desde entonces fue uno de los grandes títulos de la corona, entregándosele en el Repartimiento de Sevilla tierras y unas casas que se encontraban en la actual calle Placentines en su desembocadura con la calle Alemanes.

Viéndose totalmente abatido físicamente y casi agotado por sus grandes esfuerzos en la tarea de organizar esta primera marina de guerra, solicitó del rey ser retirado a su tierra burgalesa. Don

Ramón dejó como alcalde de Burgos a su hijo Diego Bonifaz y él se ocupó de cargos de carácter fiscal, llegando a ser veedor de las rentas reales de los puertos de Castilla.

Falleció en Burgos en 1256 y fue enterrado en el convento de San Francisco de la Cabeza de Castilla, recién fundado, del que se convirtió en su gran benefactor. Donó en su testamento una gran suma para la edificación de la iglesia conventual, reservándose el derecho de sepultura para sí mismo y sus descendientes en el centro del presbiterio. En el epitafio que aparecía a los pies del mausoleo se leía que había sido el conquistador de Sevilla, texto que en una visita de la Reina Católica a la ciudad y al convento, mandó corregir esta soberana señalando que se pusiera que acompañó al rey Fernando en la conquista de la ciudad. Lamentablemente este cenobio y esta tumba desaparecieron en los aciagos días de la francesada. Hoy, la memoria del almirante queda presente en una inscripción conmemorativa en el arco de Santa María, que se ubicó allí a raíz de las conmemoraciones que tuvieron lugar en la capital burgalesa en 1948, cuando se celebró el VII centenario de este acontecimiento bélico y que contó durante unos días con la presencia en Burgos de la espada de san Fernando, que fue portada por los alcaldes de esta urbe y de Sevilla durante las celebraciones cívico-religiosas que tuvieron lugar a raíz de esta efeméride. También la capital andaluza honró su figura que aparece reflejada en la base del monumento a san Fernando que preside la Plaza Nueva, por medio de una escultura realizada por José Lafita junto a otros destacados personajes de la época de la conquista.

Pero no fue Bonifaz el único burgalés que intervino en esta gesta. Como hemos señalado decenas de vecinos de Burgos formaron parte de las huestes que acompañaron al rey santo en la conquista de Sevilla. Algunos regresaron a Castilla, pero otros muchos se quedaron en la ciudad del Guadalquivir y en las poblaciones que la circundan. El famoso libro del repartimiento de Sevilla, realizado en 1253 ya en el inicio del reinado de Alfonso X, nos transmite los nombres de muchos hombres de Burgos que vieron en la rica y esplendente capital andaluza y en las fértiles vegas del Guadalquivir una tierra de promisión, iniciando allí una nueva vida.

Nombres como Juan García de Villamayor, Fernando Ruiz de Castro, Sancho Sánchez de Mazuelo, Gutierre de Villegas, Martín de Lerma, Gonzalo Pérez de Burgos, García de Salazar, Íñigo García de Tamayo o Blas de Aranda son solo algunos de los más de 100 hombres citados por Luciano Huidobro con orígenes burgaleses que fueron beneficiarios de propiedades en Sevilla y sus alrededores merced a su participación en las campañas de conquista.

Esta presencia de burgaleses en la capital andaluza a partir de este hecho militar inició un fértil periodo de vínculos entre ambas ciudades, que se estrecharían a través de las relaciones comerciales en las postrimerías de la Edad Media y durante el siglo XVI, gracias al establecimiento de distinguidos representantes de la clase comercial burgalesa en la pujante ciudad del Guadalquivir, contribuyendo a unir el comercio con Flandes e Inglaterra, en que los burgaleses se habían especializado desde el siglo XIII, con el nuevo eje atlántico del que Sevilla va a ser cabeza desde fines del siglo XV.

El eje castellano Sevilla-Burgos se proyectaba por una parte hacia América, tocando en las Canarias y por otra, hacia los Países Bajos con escalas en el litoral francés-atlántico, o por los caminos interiores que llevaban a París y de aquí a Brujas o Amberes. Los mercaderes burgaleses nutrieron con su presencia y su actividad económica todos los puntos neurálgicos de ese eje mercantil marítimo y terrestre. Pero antes de analizar los casos de algunos singulares comerciantes que favorecieron estas relaciones económicas, debemos hacer referencia a uno de los personajes que más contribuyó a introducir un trocito de las tierras béticas en uno de los valles de las Merindades burgalesas.

Sancho Ortiz de Matienzo nació en el Valle de Mena, en el norte de las tierras de Burgos, hacia 1450. Fue en los verdes campos de esta Merindad, donde había surgido el reino de Castilla, cuyo nombre queda por primera vez citado en un antiguo diploma cuando el abad Vitulo fundó el famoso monasterio de Taranco de Mena en el año 800. Don Sancho pertenecía a un antiguo linaje menés que hunde sus raíces en este valle al menos en el siglo XIII. Formado, muy probablemente, en la universidad salmantina entrará en el estado religioso, siendo seducido por las

tierras del sur donde gracias a su formación llegaría a ingresar en el poderoso cabildo de la catedral hispalense. Pero su vida a la vera del Guadalquivir no sólo se caracterizó por su actividad dentro del estado eclesiástico. Su notable formación jurídica le permitió ocupar altos cargos en el mundo civil, llegando a ser el primer tesorero de la Casa de Contratación que había sido creada en 1503, manteniendo estrechas relaciones con el comerciante genovés Francisco Pinelo, que ocuparía el cargo de primer factor de esta institución y que fue padre de don Jerónimo, constructor de esta casa donde se ubica esta Real Academia.

La actividad de don Sancho al frente de la tesorería fue sumamente fértil, contando para ello con el auxilio de otro burgalés, Jimeno de Briviesca, que era gran conocedor de los asuntos indianos por haber participado en los preparativos de los viajes de Colón. Pero no fue este personaje el único con ascendencia en la Cabeza de Castilla que aparece ligado a Ortiz de Matienzo en los inicios de la casa de la Contratación. Pedro de Mazuelo, Fernando Carrión o Juan de Aranda, cuyos orígenes hay que buscarlos en esta urbe castellana, formaron parte del núcleo de confianza del canónigo ocupando importantes cargos en los primeros lustros de esta institución.

La buena gestión al frente de la tesorería hizo que el rey Fernando el Católico premiara al doctor Matienzo, tal y como se le conocía en la Sevilla de comienzos del siglo XVI, con el cargo de primer abad de Jamaica en los recién descubiertos territorios ultramarinos.

Una de las últimas actuaciones de Ortiz de Matienzo, como tesorero de la Casa de Contratación, fue la organización de la armada que compondría la expedición de Fernando de Magallanes, que pretendía una vez más encontrar el paso hacia la especiería, siendo nombrado antes de su partida, albacea del marino portugués. Don Sancho falleció, a finales de 1521, antes del regreso de la nao *Victoria* a Sevilla el 8 de septiembre de 1522 al mando de Juan Sebastián Elcano.

Pero, aunque fueron las tierras andaluzas las que vieron los éxitos profesionales del dr. Matienzo y en las que adquirió un notable patrimonio inmueble, los ecos de su infancia seguían resonando en su mente siendo responsable del traslado de un trocito de Sevi-

lla a las verdes campiñas menesas en Burgos. Quiso don Sancho construirse un palacio y fundar un monasterio en la capital de la Merindad, Villasana de Mena, contando para ello con el concurso de alarifes sevillanos que erigieron en esta localidad norteña sendas construcciones sobre la base del ladrillo y la yesería. Del palacio, que sabemos que estuvo ricamente alhajado, no se conserva nada más que la fachada. De la estructura del convento de madres franciscanas concepcionistas, se mantiene la iglesia y el claustro en el que aún se conservan restos de cerámicas de Triana, que fueron trasladadas desde las orillas del Guadalquivir a las riberas del Ordunte y el Cadagua. Lamentablemente, los tristes acontecimientos del año 1936, hicieron que se perdieran los retablos principales del templo, conocidos hoy solo a través de testimonios fotográficos. En el mayor, en el que aparecía retratado el tesorero, sabemos que se exaltaba el misterio de la Concepción Inmaculada de María del que fue un notable defensor. El lateral se dedicaba a la Virgen de la Rosa siendo un calco sumamente fiel de la famosa pintura que preside el coro de la iglesia de Santa Ana en Triana. Ambos conjuntos fueron realizados en Sevilla siendo encargados a Alejo Fernández, pintor de orígenes germanos pero instalado en esta urbe, autor de entre otras producciones del famoso retablo de la Virgen de los Mareantes ejecutado para la Casa de Contratación.

Quiso don Sancho encontrar su descanso eterno en la iglesia mayor de Villasana de Mena donde ordenó la construcción de un magnífico sepulcro en cuyo epitafio en alabastro se resume su vida. Justamente encima del texto gótico se labró una imagen de la Giralda sevillana, siendo esta una de las pocas representaciones de las formas de esta torre antes de las transformaciones que desarrollara el arquitecto Hernán Ruiz II cuando, a mediados del siglo XVI, levantó el nuevo cuerpo de campanas.

La figura de Ortiz de Matienzo es un buen ejemplo de la trascendencia que tuvo la nutrida presencia burgalesa en la floreciente Sevilla del tránsito de la Edad Media al siglo XVI. Ramón Carande afirmó rotundamente que la mayor colonia mercantil en la ciudad del Guadalquivir era la de los burgaleses. La “nación” burgalesa en Sevilla, tal y como era conocida, fue tan importante como la que se ubicaba en Brujas o Amberes, el otro extremo del eje mercantil, antes aludido. Manifestación de su importancia, tal y

como indica Manuel Basas Fernández, en sus trabajos sobre los castellanos en Andalucía, es el hecho, comprobado en uno y otro extremo de este eje formado por Brujas y Sevilla, de que los burgaleses dispusieron, en estas dos ciudades, de una capilla propia para sus actos piadosos corporativos y para sus enterramientos.

La capilla de los burgaleses que existió en el monasterio de San Francisco de Sevilla, podría proporcionarnos abundantes datos sobre esta colonia, pero dicho cenobio fue destruido durante la invasión francesa y sobre su inmenso solar se abrió una amplia plaza pública. Sabemos, que este monasterio sevillano fue fundado por el propio reconquistador de la ciudad y que fue uno de los conventos más espléndidos de la orden. La extensión de la que fue plaza del Rey, Plaza de la Constitución, Plaza de San Fernando o Plaza Nueva, nos indica el tamaño de aquel establecimiento religioso. Fue allí donde los burgaleses fundaron una cofradía dedicada a la Inmaculada y al Cristo de Burgos, devoción que tanta incardinación ha tenido y tiene en Sevilla.

Nombres como Francisco de Maluenda, Gaspar de Astudillo, Alonso de Castro, Pedro de Cerezo, Alonso Martínez de Lerma, Fernando de Medina, Antonio de Pesquera, Diego de Polanco, Diego Rodríguez de Burgos, Sancho de Saldaña o Juan de Vitoria son solo algunos de los ejemplos de los centenares de burgaleses que a lo largo de los años que van de 1475 a 1600 se establecieron a la sombra de la Giralda, contribuyendo al despegue mercantil y financiero de una Sevilla esplendente por la dinámica de sus actividades económicas como cabeza del puente a las Indias. Muchos de ellos hallaron su reposo final en las iglesias y conventos hispalenses y a otros le sorprendió la muerte en América.

Un buen ejemplo de esta presencia castellana en Sevilla lo tenemos en la familia burgalesa de los García de Salamanca, importante clan de comerciantes con Flandes activo en Burgos desde el siglo XV y en Sevilla desde comienzos del siglo XVI. Llegaron a acumular una inmensa fortuna como consecuencia de sus actividades mercantiles con el Perú, a pesar de algunos notables golpes de la fortuna del que lograron sobreponerse, adquiriendo inmensas propiedades en la capital andaluza y en la Cabeza de Castilla. Pedro García de Salamanca, dejó a su muerte

en los años centrales del siglo XVI, una inmensa fortuna para obras pías y para la construcción de una gran capilla funeraria en la catedral de Burgos, que fue levantada por su anciana madre Ana de Espinosa, que aún vivía, donde fueron enterrados muchos de sus familiares y que tomó como modelo los caracteres manieristas de la sala capitular de la seo hispalense, reproduciendo su espléndida cúpula oval y contribuyendo con ello a la introducción de la estética del primer manierismo de raigambre sevillana en las tierras castellanas burgalesas.

Pero también estos recorridos conjuntos se hicieron a través de algunas devociones que ambas ciudades profesaron.

El Santísimo Cristo de Burgos de San Agustín fue una de las imágenes de más acendrado arraigo en las tierras burgalesas. Como otras tantas esculturas medievales a las que la tradición y piedad popular les habían dotado de valores milagrosos, esta talla hunde sus raíces en orígenes inciertos, a veces llevados hasta fechas remotísimas. Lo cierto, es que esta representación de Cristo, de alma de madera, articulada y recubierta de cuero, con pelo y postizos y de la que algunos viajeros dijeron que un cadáver pendiente de una cruz no causaría otra impresión, ya formaba parte de las prácticas religiosas de los habitantes de Burgos desde al menos el siglo XIV.

Fue la Orden de San Agustín la encargada de llevar a cabo la difusión del culto a esta imagen no sólo por los territorios hispánicos sino también, desde los años finales del siglo XV, por las tierras de Ultramar, de América a Filipinas.

Los agustinos sevillanos fueron los encargados de difundir el culto a la imagen de un crucificado en la figura de un Cristo gótico del siglo XIV que, en algunos casos, se identificó como el Cristo de Burgos, aunque los rasgos que definían a esta imagen no respondían plenamente a los de la expresiva talla burgalesa. Es por ello que, bien entrado ya el siglo XVI, esta comunidad agustina hispalense decidió encargar una talla que reflejara de forma mimética los caracteres del Santo Cristo burgalés. Le fue encomendado este trabajo, a través de fray Rodrigo de Loaisa, que más tarde difundiría este culto en el Perú, a Jerónimo de Corseto, escultor y platero de orígenes genoveses, que había llegado con Gaspar Becerra desde Italia y que se había instalado en la ciudad

de Burgos y a quien se recurrió para desarrollar esta empresa. Sin duda, esta imagen que se ubicaba en el templo conventual contribuyó a la difusión de esta devoción que queda perfectamente ratificada en la presencia en la capital hispalense de no menos de 10 pinturas del siglo XVII, conservadas en iglesias y conventos, que muestran la *vera effigies* de la talla burgalesa y que procedentes de la Cabeza de Castilla fueron realizadas por los pintores barrocos Jacinto de Anguiano y Mateo Cerezo el viejo, los más cualificados maestros del arte de la pintura en la ciudad castellana en aquellos años.

Pero si los agustinos sevillanos contribuyeron a la difusión de esta devoción cristológica, no menos hizo por ello la notable colonia de burgaleses, sobre todo comerciantes, que como ya hemos señalado tenían una capilla corporativa en el convento de la Casa Grande de San Francisco, y donde constituyeron en las primeras décadas del siglo XVI una cofradía bajo la advocación del Cristo de Burgos con su correspondiente retablo,

Pero si en la Sevilla de nuestros días la memoria del Cristo de Burgos se halla sumamente presente lo es por la imagen y la cofradía que bajo esta advocación se encuentran instaladas canónicamente en la iglesia sevillana de San Pedro, procesionando la noche del miércoles santo ostentando esta corporación la medalla de oro de la Ciudad de Burgos y siendo el ayuntamiento burgalés hermano mayor honorario de la misma. Esta cofradía, organizada en sus actuales formas corporativas en el siglo XIX, nació en relación con la intención de rendir culto a la imagen que en 1573, había sido demandada por el licenciado Castañeda, de orígenes burgaleses, para su capilla funeraria en la iglesia de San Pedro, siendo el encargado de su factura el escultor de orígenes castellanos Juan Bautista Vázquez el viejo, que para ello tomó como modelo la primitiva talla del crucificado de los agustinos sevillanos identificada en aquellos tiempos como una reproducción del Cristo de Burgos. La imagen realizada por Vázquez, que acaba de cumplir los 450 años de existencia, es la figura más antigua documentada de un Cristo crucificado de todas las que participan en la Semana Santa sevillana y aunque vivió una notable serie de transformaciones a lo largo del siglo XIX, aún es capaz de manifestar la tendencia expresiva de la que la dotó este artífice y la

solemne gravedad clásica que a todos nos impresiona cuando iluminada por sus cuatro cirios traspasa el dintel de la iglesia de San Pedro en el inicio de su estación de penitencia hacia la catedral.

Pero este préstamo de devociones no solo tiene un camino de norte a sur, sino que también se detecta en sentido contrario. La antiquísima devoción a la Virgen de la Antigua, encontrada según una antigua tradición por el rey Fernando III en la mezquita de Sevilla, se difundió muchísimo por esta ciudad y por toda la diócesis hispalense en las postrimerías de la Edad Media y en la Edad Moderna, llegando a saltar a los territorios de la Castilla Norte. Tenemos constancia de que la familia burgalesa de los Fernández de Castro introdujo su culto en la iglesia de Celada del Camino, a pocas leguas de Burgos, en torno a un lienzo del siglo XVI, aún conservado, y que reproduce fidedignamente el original sevillano. Por otro lado, la familia Martínez de Santoyo, con notables contactos hispalenses, también trasladó su culto a su capilla familiar en la Colegiata de Peñaranda de Duero en el siglo XVII.

Las relaciones artísticas entre Burgos y Sevilla no sólo se muestran en la antedicha influencia de la sala capitular sevillana sobre la capilla de los García de Salamanca. No podemos olvidar que los vínculos que ambas ciudades mantuvieron en clave cultural, se desarrollaron desde el mismo momento de la conquista de la ciudad andaluza en el año 1248.

El Real Monasterio de las Huelgas de Burgos iniciado en 1187, durante el reinado del rey Alfonso VIII, fue continuado por su nieto el rey Fernando III, quien impulsó la construcción de la gran iglesia y claustro monásticos. Este mismo soberano iniciaría las obras del nuevo templo catedralicio burgalés en 1221, empleándose en ambas construcciones el nuevo estilo gótico que estaba imponiéndose en el reino de Castilla en aquellos años, generándose dos grandes talleres desde los que se fueron irradiando las nuevas formas y tecnologías constructivas.

Con la entrada de las tropas cristianas en la ciudad de Sevilla se inició un proceso de cristianización de la urbe en el que tuvo un notable papel la construcción de templos, que actuarían como cabezas de las nuevas colaciones. Algunos de los antiguos edificios musulmanes fueron reconvertidos para los nuevos usos

cristianos, viendo también esta población cómo empezaban a surgir nuevas fábricas religiosas de uso parroquial o conventual. Este mismo proceso ya se había iniciado en Córdoba en 1236 tras su conquista por este mismo soberano, recurriéndose a canteros castellanos, en su gran parte burgaleses, que estaban trabajando en los talleres catedralicio y de Las Huelgas y que introdujeron las innovadoras técnicas de la cantería gótica en las nuevas edificaciones religiosas de ambas ciudades. Nació entonces una arquitectura mixta en la que se unen sin solución de continuidad las formas artísticas occidentales ligadas al mundo gótico con la tradición propia sevillana y cordobesa aportada por los alarifes de ascendencia almohade, generándose realizaciones constructivas de un evidente hibridaje estético. Las parroquias sevillanas de Santa Marina, Omnium Sanctorum, San Marcos, San Pedro, Santa Ana, Santa Catalina, entre otras, son un buen ejemplo de este conjunto de templos conocidos como iglesias fernandinas, aunque en su mayor parte se levantarían ya en el reinado de Alfonso X, siendo un magnífico ejemplo de simbiosis artística, de unión de piedra y albañilería, de cubiertas góticas y de artesonados y alfarjes, de arcos apuntados y de herradura, de decoraciones de cardinas y de atauriques.

Pero este hibridaje estético que une a Burgos y Sevilla a través de estos primeros templos cristianos sevillanos tiene también su reflejo en algunas de las realizaciones de la Cabeza de Castilla. Fue intención del rey santo enterrarse en el monasterio burgalés de las Huelgas, en el que dormían su sueño eterno su madre y sus abuelos, pero la ciudad de Sevilla le cautivó y decidió entonces establecer el asentamiento definitivo de sus restos en la nueva catedral sevillana fruto de la reconversión de la antigua mezquita mayor. Esto no fue óbice para que siguiera manteniendo una actividad de notable generosidad con respecto al gran cenobio cisterciense burgalés, completando la construcción de la nueva iglesia gótica y del claustro en el que para la decoración de su cubierta se recurrió al envío de yeseros almohades desde la vera del Guadalquivir, que trasladaron a Burgos la fascinación que don Fernando había tenido al contemplar sus producciones sevillanas, dando lugar a uno de los conjuntos artísticos de claras resonancias hispalenses más importantes de España.

Pero si notables fueron las relaciones artísticas entre estas dos ciudades en el siglo XIII, no menos lo fueron en el siglo XV, momento en que estas dos urbes se hallaban en uno de los periodos más brillantes de sus respectivas historias.

Una de las más grandes empresas arquitectónicas de la Baja Edad Media hispana fue la construcción de la catedral de Sevilla, iniciada al filo de 1400. Este gran edificio, levantado sobre la antigua mezquita mayor que había servido de templo principal de la ciudad durante casi dos siglos desde la conquista, se convirtió en un importante polo de atracción de artistas nacionales y extranjeros. No será, por lo tanto, extraño que los capitulares sevillanos quisieran contar con el concurso de algunos artífices burgaleses que se hallaban, junto a los toledanos, entre los más cualificados y vanguardistas del momento. A la muerte del maestro de obras de la seo hispalense, Juan de Hoces, en 1491 el cardenal Hurtado de Mendoza decidió solicitar la actuación de Simón de Colonia, entonces uno de los más afamados arquitectos del Reino de Castilla. Maese Simón, asentado en Burgos, venía precedido por su gran fama en la realización de obras en la catedral burgalesa, en la Cartuja de Miraflores y en otros muchos edificios de la Cabeza de Castilla. La labor efectuada por Colonia en la Magna Hispalense fue de hondo calado, aunque con un resultado diverso. Se centró en el remate del abovedamiento del templo, introduciendo unas modificaciones en el proyecto antecedente, que afectaban al tipo de cubiertas de la capilla mayor y la nave de crucero, que tendría unas bóvedas escalonadas en altura, monumentalizadas en su centro por un elevado cimborrio erigido por Alonso Rodríguez conforme a las trazas e indicaciones de Colonia, y que fue descrito por Ortiz de Zúñiga como “maquina tan alta, que descollando otro tanto sobre el Templo, llegaba casi a igualar el primer cuerpo de la torre”. No tuvieron muy buena suerte los Colonia con sus cimborrios, quizá por el alarde arquitectónico que quisieron hacer en ellos, ya que el sevillano diseñado por Simón correría la misma fortuna que el de la catedral de Burgos, construido por Juan de Colonia, padre de este, arruinándose el sevillano el 28 de diciembre de 1511, cuando se estaba procediendo a culminar sus labores de ornamentación y el burgalés en marzo 1538, causando en ambas catedrales un inmenso destrozo. La intervención de

Maese Simón de Colonia en esta seo andaluza está también ligada a la construcción de la capilla de la Virgen de la Antigua, en la que se encuentra la tumba de Diego Hurtado de Mendoza realizada por Domenico Fancelli, y que se transformó grandemente en los siglos XVI, XVII y XVIII.

La continuidad del trabajo de maestros burgaleses en la catedral sevillana vino de la mano del gran arquitecto y escultor Diego de Siloe, quien viajó a Sevilla en 1535 a petición del Cabildo, que tenía la intención de ofrecerle el cargo de maestro mayor de obras de este templo, oferta que rechazó, aunque quizá se aprovechó su estancia para realizar algún proyecto o traza para la sacristía mayor, obra que en alguna ocasión le ha sido atribuida en su diseño intelectual. Otros artistas vinculados a los talleres burgaleses se encontrarán en Sevilla, en la primera mitad del siglo XVI, participando en la obra de la Magna Hispalense. Hay que destacar el trabajo que Juan Picardo, artífice asentado en Burgos, realizará en 1548 en relación con diversas esculturas para la decoración de la Capilla Real.

Pero también algunas afamadas obras sevillanas, glosadas generosamente por los cronistas, tuvieron su reflejo en el arte burgalés. Una de las más notables empresas artísticas hispalenses fue la construcción, entre 1580 y 1587, de la nueva custodia procesional, encargada al maestro Juan de Arfe, perteneciente a una dinastía de orfebres de orígenes germanos que llena con sus producciones toda la historia de la platería española del siglo XVI. Sabemos que esta obra sevillana causó un enorme impacto en todos aquellos que la observaban. No es extraño, por lo tanto, que el Cabildo de Burgos encargara en 1590 a este platero la ejecución de su nueva custodia, desaparecida en 1813 a raíz del expolio realizado por las tropas napoleónicas, tomando como referente la sevillana.

No cesaron los flujos artísticos entre estas dos ciudades durante los siglos XVII y XVIII. Fue la pintura, de la que Sevilla se convirtió en cabeza de una de las más importantes escuelas españolas durante el Barroco, la que unió artísticamente a estas dos urbes durante este periodo. Los inventarios *post mortem* de muchos burgaleses de estas centurias hablan a las claras de pinturas sevillanas existentes en sus colecciones, no faltando referencias a la presencia de obras de grandes maestros hispalense como

Bartolomé Esteban Murillo, tal y como ocurría en el palacio de la familia de los Soto de Guzmán en Briviesca. Lamentablemente, la mayor parte de estas colecciones se han dispersado pero aún se conservan algunos ejemplos que nos permiten comprobar la pasión burgalesa por la pintura sevillana.

Hemos de citar, en primer lugar, la magnífica pintura que Bartolomé Esteban Murillo pintara de San Lesmes y que hoy se conserva en el Museo de Bellas Artes de Bilbao. Fue este santo el protector de la ciudad de Burgos a la que había llegado procedente de Loudun, durante el reinado de Alfonso VI, siendo uno de los pilares en la introducción de la reforma gregoriana en el reino de Castilla en los años finales del siglo XI. Desde su muerte este monje y abad benedictino fue considerado como santo y a él se le dedicó una importante iglesia, en la entrada de la ciudad, en pleno camino de Santiago, que se convertiría en panteón funerario de muchas de las familias de mercaderes burgaleses, algunas de ellas con intensas conexiones sevillanas, y que le tuvieron como santo protector. No es extraño que algunos de los barcos fletados por los comerciantes de la Cabeza de Castilla, y que llegaron a tocar el puerto de Sevilla, quedaran nominados bajo el nombre de San Lesmes y que varios comerciantes asentados en la capital hispalense le tuvieran como patronímico. Debió de ser alguno de estos burgaleses instalado a la vera del Guadalquivir quien encargara a este pintor esta magnífica pintura en que el santo queda reflejado como abad del monasterio burgalés de San Juan.

Las relaciones pictóricas entre ambas urbes a raíz de la canonización del rey Fernando III se estrecharon notablemente. La ciudad de Burgos fue invitada por la de Sevilla a las fiestas que se celebraron en la capital del Guadalquivir en 1671 para celebrar este acontecimiento. No quisieron los burgaleses, tan unidos a la memoria de este monarca, quedarse a la zaga y aunque de una manera más modesta celebrarían este hecho unos meses más tarde. Sabemos que se encargaron lienzos que representaran la *vera effigies* del rey santo. De todos ellos se conserva el custodiado en el monasterio de Las Huelgas, que sigue de manera mimética el modelo ideado por Murillo, y que se difundió notablemente a través del grabado de Matías de Arteaga, que fue el gran cronista visual de las fiestas sevillanas de la canonización

Quedan también evidenciadas estas relaciones pictóricas en el magnífico lienzo de la Inmaculada Concepción de Domingo Martínez, pintor sevillano discípulo de Murillo, que se conserva en la iglesia de San Lesmes de Burgos y que debió llegar a este templo como regalo de algún burgalés asentado en la Sevilla de comienzos del siglo XVIII. Fue un ilustre académico de esta casa, don José Guerrero Lovillo, amante de Sevilla y enamorado de Burgos quien dio a conocer esta pintura y quien también descubrió el libro de Serlio, en edición flamenca, que se conserva en el Laboratorio de Arte de la Universidad Hispalense que fue propiedad del gran arquitecto burgalés de finales del barroco, José Cortes del Valle.

Quiero que mis últimas reflexiones, sobre estos vínculos entre Sevilla y Burgos, estén unidas al mundo de las letras. Son muchos los escritores de ambas ciudades que se han sentido admirados por el encuentro recíproco con cada una de estas urbes. No puedo por menos que citar la fascinación con la que el gran vate del romanticismo, Gustavo Adolfo Bécquer, se enfrentó a la Cabeza de Castilla cuando al contemplar la seo burgalesa dijo:

Acaso esas simbólicas figuras grabadas en la entre ojiva de la catedral, jeroglíficos misteriosos del arte cristiano que aún no han podido descifrarse, contienen la vaga predicción de las maravillas que hoy realiza nuestra época...

El encuentro de Bécquer con Burgos fue intenso y efímero, pero existieron otros de más hondo calado. Me refiero al de Manuel Machado y la Cabeza de Castilla, que estuvo lleno de espinas y rosas. Fue don Manuel uno de los más grandes y reconocidos poetas de la España de comienzos del siglo XX, llegando su fama, en algunos momentos, a opacar a la de su inmortal hermano Antonio. Su relación con la vieja Burgos se estableció a través de su esposa, doña Eulalia Cáceres, cuya hermana sor Carmen fue monja en el convento burgalés de las Esclavas. Como todos los años, el matrimonio se hallaba en Burgos en los calurosos días centrales de julio de 1936 para celebrar el santo de la religiosa, el 16 de julio. Pero ese año todo fue distinto. La madrugada del 18 la ciudad se levantó sobresaltada por los gritos de las tropas sublevadas y don Manuel y su

esposa no pudieron regresar a Madrid. Se inició entonces para él un trienio de luces y sombras hasta el fin de la contienda. Luces, pues en Burgos entabló buenas amistades que le acompañaron hasta el final de sus días en 1947. Y sombras porque siempre estuvo bajo la sospecha de las autoridades sublevadas, lo que le llevó, incluso, a pasar unos días en la cárcel de Burgos, tal era el peso que tenía el apellido Machado muy comprometido como sabemos con la causa republicana. El amor del matrimonio a Burgos y a los buenos amigos burgaleses como José María Zugazaga, hicieron que doña Eulalia decidiera que la gran biblioteca de Manuel y muchos de sus papeles y de su hermano Antonio quedaran vinculados a Burgos, gracias a la intervención del poeta Bonifacio Zamora, en la Real Academia Burgense de Historia y Bellas Artes. Es por ello que esta corporación custodia uno de los depósitos documentales más importantes de España, imprescindible para entender a la familia de los hermanos Machado.

El fondo machadiano burgalés es un trocito de Sevilla en Burgos con el que podemos comprender mejor esta ciudad andaluza decimonónica a través de los muchos documentos de Antonio Machado y Núñez, tan ligado a los turbulentos sucesos que vivió España en torno a 1868, o ver la gran vocación pictórica de Cipriana Álvarez, abuelo y abuela respectivamente de los poetas. La Sevilla de los Motpansier queda reflejada en la magnífica colección fotográfica integrada en este depósito. Y qué decir de los documentos del padre, Antonio Machado Álvarez, el famoso Demófilo, que evidencian sus relaciones con grandes intelectuales de la época como Emilia Pardo Bazán, demostrando la pasión de ambos por el mundo del folclore. Y, por supuesto, Manuel y Antonio, representados en decenas de manuscritos, algunos de ellos ligados a sus más importantes creaciones poéticas.

Esta presencia de Sevilla en Burgos a través de este fondo documental ha sido la causa del hermanamiento entre esta ilustre Real Academia Sevillana de Buenas Letras, en la que hoy de manera inmerecida ingreso como académico correspondiente, y la Real Academia Burgense de Historia y Bellas Artes. Ambas instituciones han propiciado el que me atrevo a

definir como el gran evento del bienio machadiano con el que se ha celebrado el 150 aniversario de estos dos grandes poetas a través de una gran exposición, que no hubiera podido culminarse, de ninguna manera, sin el concurso imprescindible y buen hacer de esta casa y el compromiso constante de sus académicos con su director al frente. Esta muestra ha permitido levantar la losa de olvido y de incomprensión que cayó sobre Manuel y mostrar a estos dos poetas como hermanos queridísimos, representantes de la mejor de las Españas, aquella que abogó por el progreso, la cultura y la convivencia, lecciones de vida hoy sumamente necesarias.

Hombre que derrochó vida y luz, Manuel Machado cantó como pocos esa Sevilla universal e inmortal, de belleza y tradiciones, de pasado y de presente, dando lugar a algunas de las más bellas construcciones literarias sobre el ser hispalense. Pero también penetró en los rigores casi ascéticos del alma de una Castilla, parva en vegetación, de páramos y piedras y de rumores de historias pretéritas en una ciudad, Burgos, que le caló hasta la médula, donde encontró tierras, monumentos y grandes figuras del pasado que le sedujeron e inspiraron.

Permítanme, señoras y señores académicos, que para finalizar vuelva a unir Burgos con Sevilla a través de uno de los burgaleses más universales, el Cid Campeador, que cabalga desde 1929 en las calles hispalenses, gracias a la escultura diseñada por Ana Huntington, y que fue cantado por Manuel Machado, en un poema de amplias resonancias en el mundo hispano, y que une a este héroe medieval con uno de esos rudos paisajes burgaleses que tan bien plasmara pictóricamente su amigo Marceliano Santa María y que dice:

El ciego sol se estrella
en las duras aristas de las armas,
llaga de luz los petos y espaldares
y flamea en las puntas de las lanzas.
El ciego sol, la sed y la fatiga
Por la terrible estepa castellana,
al destierro, con doce de los suyos
—polvo, sudor y hierro— el Cid cabalga.

Muchas gracias